RENOVACION

BOLETIN MENSUAL DE IDEAS LIBROS Y REVISTAS DE LA AMERICA LATINA

Año I - N.° 7 Este Boletín aparece el 20 de cada mes

SUSCRIPCIÓN POR DOS AÑOS
Argentina..... $ 5.— m/n.
Exterior..... » 2.— oro

TARIFA DE AVISOS (Calificados)
Columna ancha, por centím. $ 7.— m/n.
» angosta, por » » 5.— »

Diríjase toda correspondencia a Gabriel S. Moreau, Viamonte 791, Buenos Aires

"La Madre del Cardenal"

Obra sensacional de David Peña

Dentro de pocos días habrá alcanzado la centésima representación el drama "La madre del Cardenal", del pulido escritor David Peña.

No era este un novicio en el teatro, ni le era desconocido el éxito en ese terreno: desde su vieja "Próspera" hasta el repetidísimo "Facundo", el triunfo había coronado muchas veces sus esfuerzos. Pero en los últimos años andaba en la mala; sus piezas no alcanzaban a representarse, como "Oscar Wilde", o se precipitaban del cartel como "Una mujer de teatro".

La causa de sus recientes desastres era sencilla. El doctor Peña se había dedicado a escribir piezas literarias, más aptas para gustar en rueda de amigos que para resistir el fogonazo de las candilejas. Hacía "teatro honesto", como llaman los malos autores a las obras que el público repruebe con su ausencia, pretendiendo aquellos que deben ser buenas porque no gustan al público, siempre considerado malo por los que no obtienen sus favores.

El público es justo, sin embargo. Va al teatro en busca de emociones, dramáticas o festivas; quiere llorar o reír; sacrifica su tiempo y gasta su dinero, para que le satisfagan su legítimo deseo de vertir lágrimas o estallar en carcajadas. No va en busca de ironías sutiles o de paradojas sarcásticas, que para ello se quedaría en casa leyendo a Anatole France o a Chesterton; ni pretende que le resuelvan problemas de estética o de física, pues en tal caso preferiría leer a Guyau o a Einstein.

El teatro le atrae por su valor emocional; toda obra fría de fondo y relamida de forma le resulta aburrida, como esas mujeres bonitas que nunca ríen ni lloran por no descomponerse el peinado.

A ese género "aburrido" suelen llamar los autores "teatro honesto", que el público detesta con justicia, prefiriendo soportar la imputación de incultura antes que cargar con la de ingenuidad. El público es sabio; pide "interés" y lo paga con la molestia de concurrir al teatro; no se inconmueve para que le den literatura y no se deja engañar con diálogos cultiparlantes, hinchados de espumosos adjetivos.

El doctor Peña, después de haber frecuentado el "teatro honesto", se ha decidido a hacer un drama lleno de interés y de emoción, un drama para que dure en el cartel cien noches, sacrificando la inútil "honestidad" teatral al gusto del público, que es el juez único de las piezas que suben a las tablas.

La crítica profesional, compuesta en gran parte por autores fracasados, ha dicho en seguida que "La madre del Cardenal" es un drama de corte anticuado, lleno de contrasentidos en la acción y de retóricas en el lenguaje. Pero el público, para quien ha sido escrito, se ha apoderado cada día más de las puertas del teatro Marconi y ha aplaudido hasta romperse las manos los rugidos de Blanca Podestá.

Entre la crítica y el público todos los autores prefieren el fallo del segundo. El que desea o permite que su obra sea puesta en escena se propone un objetivo único: que guste al público, dure en el cartel y le produzca beneficio. Quien dijere lo contrario, miente. Los que pretenden hacer literatura "superior al público" no tienen derecho de llevar su obra a las tablas, o pueden hacerlo por mera vanidad, buscando el aplauso amable de una sala de amigos o el elogio convencional de los críticos bondadosos. El autor que estrena, espera el juicio del público, tiembla entre bastidores a la espera del aplauso o del pateo, sabe a cuánto ascienden cada noche sus derechos y se inquieta por el tremendo interrogante:

¿Cuántas veces irá?

Si la obra va muchas veces, el autor ha obtenido un éxito, el éxito que se ha propuesto y que le preocupa: si la obra no pasa del mínimum de ejecuciones convenido de antemano con la empresa, el autor ha fracasado, se muerde los puños, vuelve a rondar seis meses o un año por los camarines hasta conseguir que le pongan otra pieza en escena. La anterior está muerta la noche misma que baja del cartel.

He aquí por qué felicitamos ardientemente al doctor Peña, por "La madre del Cardenal": ha triunfado y le ha dado su sanción el juez de quien la solicito: el público. Que en otras justas del espíritu, como hombre de letras, como historiador, como catedrático, ya tenía el doctor Peña sobradas sanciones de otros jueces más calificados.

En verdad "La madre del Cardenal" es una obra construída con toda argucia psicológica; ha sido hecha para lograr un éxito de cartel y el acierto ha ido hasta la elección del teatro. En el Odeón no habría resistido tres noches; en el Marconi puede vencer trescientas.

DAVID PEÑA

El argumento es de interés sumo. El doctor Peña se ha propuesto mostrar a la Iglesia Católica en su obra de dominación sobre el mundo civil, decidida a la intriga, a la mentira, al fraude, al delito: el protagonista, un Cardenal Botticelli, que ambiciona ser Papa, es una mezcla extraña de Maquiavelo, de Borgia y de Mussolini, en cuya alma sombría se turnan la astucia, el crimen y la impavidez.

Se necesitan tímpanos de piedra para escuchar las palabras infames que el autor pone en boca del Cardenal; y el público que es siempre un ingenuo moralista, se interesa desde el primer acto contra el satánico prelado y su interés crece momento por momento, deseando verle vencido por su madre, que encarna la buena causa.

Lo grave del asunto es que el papel de madre, está a cargo de Blanca Podestá y ha sido acomodado, sin duda, para su personal lucimiento. Pues bien, Blanca... (suprimimos este párrafo en consideración a su reciente luto de familia, por el que le presentamos nuestro respetuoso pésame). El público, al fin, zamarreado por los rugidos de la "leona del Marconi", — como al terminar la Hamó, entusiasmado, el administrador de dicho teatro, — estalla en aplausos clamorosos e indignados, que a duras penas logra calmar el inevitable discurso del doctor Peña, simple almibarado, aunque nunca repetido.

Sería injusto callar que la obra de David Peña revela una factura literaria muy superior a la corriente en nuestro Teátro Nacional; que si algo lubiéramos de reprocharle, en este sentido, sería más bien un exceso de literatura, en el peor sentido que esta palabra puede tener tratándose de obras teatrales. Todos los personajes chorrean adjetivos, imágenes y metáforas, como si prefiriesen siempre la locución más larga y complicada a la breve y escueta. Es, en particular, sorprendente la copiosa declamación final de Blanca Podestá ante un tribunal que se presenta solícito en escena con el único fin de escucharla; y si algo sorprende es que los tales jueces, que le forman barra, no rompen también ellos a aplaudir, dando la señal a la "claque" que indefectiblemente la aguaita, todas las noches desde el poco botticeliano "paraíso" del Marconi.

Bien es verdad, a fuer de justos, que la empresa de la robusta actriz no hubiera puesto la obra si antes no se le agregaran algunos rugidos para su lucimiento personal; y en ésto el doctor Peña, como todos los autores nacionales que desean ver durar sus obras en el cartel, no ha vacilado en adaptar su drama a las facultades de la protagonista. ¿Acaso los demás no escriben "para" la Quiroga o la Rico, Cazeaux o Parravicini?

Lo único sensible es que el autor de "La Madre del Cardenal" ha errado el cálculo, sin lograr ponerse a tono con su intérprete; sin duda ha creído habérselas con Sarah Bernardt o con la Duse, cortando en once varas la camisa que a Blanca Podestá le resulta demasiado larga.

Tiene, además, "La madre del Cardenal", un interés ideológico, por los problemas políticos y morales que plantea. En este punto reconocemos que el autor ha afrontado el escabroso tema con entereza y gallardía. El contraste entre el sentimiento religioso y la política de la Iglesia Católica ha sido puesto en evidencia con rasgos magistrales; por una parte todo es amor y perdón, por la otra todo es mercantilismo y venganza. El mismo desenlace, en que la invocación a Jesús, es seguida por la derrota del perverso Cardenal, deja en el público la impresión de que la moral cristiana puede reinar en cualquier parte, menos en el Vaticano.

La obra del doctor Peña ha sido furiosamente combatida por los diarios católicos de Buenos Aires y desde muchos púlpitos se ha predicado contra ella, prohibiendo a los fieles concurrir al teatro que la representa. Como si ello no bastara, la Curia Eclesiástica ha excomulgado al autor y al empresario, tramitándose en la actualidad un pedido para extender la excomunión a todos los actores que la interpretan.

La cosa no era para tanto. Si alguien se alegrará de ella, será el autor, pues nunca habría esperado un reclame más eficaz.

Manuel H. Prestilla.

"LA CULTURA ARGENTINA"

Adán Quiroga

CALCHAQUÍ

con una introducción de
LEOPOLDO LUGONES

$ 2.— m/n en todas las librerías

UNA TARDE CON VARGAS VILA

por José A. Balseiro

La belleza, la libertad, el amor.—Las tres rebeliones.—El solitario.—La confederación Hispano-Americana.—"Ibis".—Los poetas y los prosistas de América.—"El Tagebuch".—D'Annunzio.

Ningún intelectual ha sido más discutido en vida que Vargas Vila. Su nombre se conoce en todos los rincones donde se habla castellano y en todas partes se han ocupado de él, aumentando su fama, a medida que los años corren por el prestigio de sus obras y por la leyenda que las imaginaciones exaltadas y llenas de admiración o de odio han tejido alrededor de su nombre.

Unos lo califican de "genial", de "inmortal", aquellos de "pretensioso", los demás de "raro"... Y su personalidad sigue firme con toda la fuerza de su valor y de su carácter, sin temblar por los dardos que le arrojan los envidiosos y sin entusiasmarse con el elogio de los sinceros, por tantos aplausos como ha oído y tantas alabanzas como se le han hecho. Su actitud es la de un dios solitario que eternizado en el bronce, en la piedra o en el mármol se levanta impasible, bajo la serenidad de los cielos desafiando al tiempo y al olvido...

Por eso este hombre mueve más a la curiosidad que cualquier otro, y por eso he querido que sea la suya la primera entrevista de las que pienso celebrar en Madrid

---

—¿Se puede?

Adelante.—Y abriendo la puerta me encuentro frente al Maestro. Nos estrechamos la diestra: él con afecto, yo con admiración. Me siento en una butaca, junto al diván donde se acomoda él que viste un traje a grandes cuadros negros y grises. Su frente ancha y sus ojos escrutadores revelan claramente su espíritu reflexivo y su poderosa imaginación; su boca contraída y las líneas faciales marcadísimas, denuncian la entereza de carácter y la fuerza de voluntad que le distinguen. El tono de voz es suave y pronuncia las erres con ese arrastre tan francés que tienen muchos hispanoamericanos. Habla convencido de que dice cosas nuevas, ingeniosas, bellas, y en su semblante se retrata la expresión de las personas que se escuchan a sí mismas, mientras causan profundas impresiones de admiración en quienes las oyen. Vargas Vila es tan interesante en su conversación como en sus libros. La espontaneidad de su fantasía le hace crear figuras deslumbradoras; sus frases se escapan de sus labios tan rítmicas y tan cuidadas como en las mejores páginas que ha firmado; para todo tiene un simil tan atrevido, como artístico y en todas sus manifestaciones resulta el Poeta.

—Vengo a cobrar nuestra deuda pendiente.

—¿Cual?..

—La entrevista.

—Verdad, verdad: quedamos en que sería hoy. Pues, con muchísimo gusto, todo lo que usted quiera.— Muchas gracias. — Y empezamos en seguida.

—¿Cuál es su ideal en el Arte?

—El de todo artista: la Belleza.

—¿Y en la vida?

—El de todo hombre: la Libertad.

—¿Qué cree usted del amor?

(Vargas Vila, duda un momento).

—El amor... es una cuestión de temperamento. Se es sensual, sentimental o cerebral. Yo he fatigado el placer y nunca hallé el amor. Me parece que sólo existe un amor: el de madre. Pero no el que uno siente por ella, sino el que ella siente por uno. Lo demás...

—Es usted un rebelde...

—Indudablemente. Mi primera rebelión fué contra la ortografía: antes que contra Dios.

—¿Continúa usted ateo?

—Soy ateo por insurrección de carácter. Cada día hay un abismo mayor entre Dios y yo.

(Esta respuesta evidencia cuán firmes son las ideas de Vargas Vila, pues, es prudente recordar, que casi todos los hombres que se han apartado de la Fe, en sus años de juventud, han vuelto a ella cuando sus vidas han sentido las primeras ráfagas del Infierno, porque piensan en la visita de la Muerte y tiemblan de miedo y de remordimiento).

—Y cuando usted muera... (Le insinúo).

—Deseo que mi cuerpo sufra la cremación, que mis cenizas sean depositadas en doce copas y que igual número de amigos (aunque creo que no tengo ninguno) celebren una comida y después destapen las copas y echen al viento lo que yo era, para seguir viviendo sobre las flores, sobre los árboles y sobre los gorritos blancos de las niñeras que pasan bajo la torre Eiffel. Si no puede ser así, que me entierren desnudo, en una caja de pino blanco, y bien a flor de la tierra, para que los gusanos me devoren en seguida.

—¿Es cierto que Darío se asustaba mucho al oírle hablar así?

—Cierto es. El pobre Darío era muy cobarde, cobardísimo. Era un cerdo con una estrella en el cerebro.

—¿Decía usted que no tenía amigos?

—Jamás he hallado uno.

—¿Y enemigos?

—Tres diremos de mí: la Ortografía, Dios y los Estados Unidos.—(Yo aprovecho este último "enemigo" y le hago una pregunta política).

—¿Sería usted partidario de la confederación de los pueblos americanos del sur?

—Más que partidario, yo he sido el propulsor de esa idea. Pero, eso sí, fuera de los Estados Unidos, o, mejor dicho en contra de los Estados Unidos.

—Y, ¿qué le parecería la unión Ibero-americana?

—La unión Ibero-americana ha sido tan manoseada por todos que me parece un tópico deshonrado, porque, después de haber sido una gran idea de espíritus selectos, es hoy un vil negocio en manos de las inteligencias mercenarias. Ningún hombre que se estime toma ya en serio esa dialéctica de café. Hablar de eso se ha hecho una escala por la cual ascienden a la publicidad todos los mestizos ultra-atlánticos, que no traen otro bagaje mental que su propia audacia.

—¿Son ciertos los rumores de que irá usted a América a dar conferencias?

—Eso es una falsificación de mi pensamiento. Yo haré un viaje por América y daré conferencias si así me place; pero no soy un turista de la palabra. Yo he vendido a una casa editora la narración de ese viaje, pero no voy, como otros, a vivir de mi auditorio. Yo no voy a medir mi prestigio por un resultado de taquilla. Ese lado del histrionismo no lo poseo. Si hablo, hablaré de los grandes tópicos de actualidad y mis conferencias serán una ratificación, nunca una rectificación, de mi literatura, mi política y mi filosofía, según lo digo en mis libros. Y como no voy a caza del centavo, no busco otro éxito que el de mis ideales, siempre antipático a los siervos de todos los colores.

—A propósito de sus libros, ¿cuál es el que usted más quiere?

—"Ibis", no porque sea el mejor, sino porque es el que me ha dado más nombre.

—¿Lo copió usted de la vida real?

—Sí, como todas mis obras. Sólo cambio los nombres de los personajes y pongo, desde luego, la parte artística; por lo demás es la vida misma.

—¿Y su mejor obra?

—Eso soy yo quien debe decirlo: me podría equivocar.

—¿Qué prosistas de América le gustan más?

—Le diré tres nombres: José Martí, Juan de Dios Uribe y José Enrique Rodó.

—¿Y de los poetas?

—Almafuerte, Darío y Salvador Díaz Mirón.

—Y en España, ¿cuáles le gustan más?

—Deje usted que los lea y luego le contestaré. (Me mira irónicamente.)

—¿Qué cree usted de Gabriel D'Annunzio?

—D'Annunzio es hoy el único Poeta vivo, la única gloria universal. No hay un necio que no sea su enemigo y esa es la mejor prueba de su valor.

—¿Ama usted la soledad?

—Sí. Creo ser el tipo más completo de solitario entre todos los intelectuales.

—¿Es ese su mayor culto?

—Mi mayor culto es el culto de la Estética. Y lo tengo presente desde mi prosa hasta mis corbatas. Lo mismo selecciono un dije que una frase.

—¿Prepara usted ahora algún libro?

—Estoy imprimiendo los cincuenta y tres volúmenes de mis obras. Cada uno lleva un prólogo describiendo el estado espiritual que yo experimentaba al escribirlo. También escribo mi "Tagebuch" (memorias) que será publicado después de mi muerte. En ese trabajo aparecerá lo más importante de mi vida, pues comprende mi diario íntimo. Desde luego que aparte de eso, preparo otros libros conjuntamente.

Consultó el reloj y creo que es la hora de marchar.

—Debo retirarme,—le digo al Maestro.

—Vuelva usted pronto. Recuerde que dentro de pocos días marcharé a París.

—Muy honrado.—Y al ofrecerle la mano para despedirme, me advierte:

—Desde luego que por tratarse de usted, he consentido en ser entrevistado, pero le exijo una cosa: que no publique la entrevista en España, porque me quiero mantener al margen del periodismo español.

—Así lo haré. Hasta otro día.

Y salí a la calle, llena de frío y llena de luna.

La política petrolera de Estados Unidos

La Standard Oil Company o sea el American Oil Trust, habla del control político de la zona petrolera de Maracaibo, en Venezuela, colindante con los yacimientos de Santander, en Colombia.

La penetración Yankee se inicia al sur del Panamá

Hace pocos días, recorrió las columnas de la prensa hispano-americanas, un formidable editorial de *The World*, de Estados Unidos, en el cual se manifiesta concretamente que el objetivo principal del Presidente Harding, era defender, los intereses del petróleo y que a estos subordinaba la acción de su política.

Ahora veamos hasta qué punto, en cuanto a Venezuela respecta, estos intereses del petróleo constituyen uno de los mayores peligros y una gran calamidad por venir para todos los pueblos Sudamericanos. Vamos a presentar hechos, realidades y razones incontrovertibles, que deben ser tomadas en cuenta, especialmente por el pueblo de Colombia.

Nadie ignora en los actuales momentos la gran riqueza petrolera de Venezuela, país, donde mediante concesiones y acuerdos, los grandes capitales de Estados Unidos, hábilmente orientados por el ex-Ministro Americano en Caracas —MacGoodwin— han llegado al máximum de predominio.

Pero la generalidad desconoce pormenorizadamente los hechos, especialmente el pueblo de Colombia, uno de los más comprometidos ante la penetración yanqui, por estar la zona petrolera de Maracaibo—como se verá geográficamente más adelante y de cuyo Control Político habla la *Standard Oil Company*—colindando con la zona petrolera del distrito de Magdalena, Santander, en Colombia.

La extensión del trabajo científico, cuya parte esencial dejamos trascrita, nos impide acogerlo en la estrechez de estas columnas, pero todo lo anterior demuestra claramente la situación en que se encuentra el territorio colombiano petrolero al realizarse el Control Político Americano— prácticamente ya iniciado—de que habla en sus informes la *Standard Oil Company*, o sea el *Amerigan Oil Trust*, uno de los más grandes y peligrosos poderes capitalistas del mundo.

Fué la política conquistadora de Roosevelt la que se cogió ayer a Panamá, hoy es la política petrolera de Harding la que intenta cogerse a Maracaibo, en cuyo territorio el Oro Yanqui principia a corromper conciencias y a despertar horribles ambiciones, que ya comienzan a traslucirse por algunos traidores a la Patria, que, alegando la tiranía que sufrimos y el atraso nacional, consideran oportuno crear la "*República de Maracaibo*, desmembrando así el glorioso territorio de Venezuela!

¿Qué dirá a ésto el altivo e inteligente pueblo colombiano, cuyo Gobierno Nacional ha sido una de las más fuertes columnas para el sostenimiento de la Dictadura Militar del General Juan Vicente Gómez en Venezuela? ¿Qué dirán los países hispano-americanos, que ante la confabulación de Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, principalmente, para amparar la Dictadura del General Gómez, se han cruzado de brazos y han echado a un lado los comunes intereses y la fraternidad racial? ¿Qué dirán los millares de venezolanos, que perseguidos en todos los países extranjeros, como conspiradores, sin embargo, no han perdido la fe en la salvación de Venezuela?

(De "*El Republicano*", *Panamá*).